

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XVIII JORNADAS

VOLUMEN 14 (2008)

Horacio Faas
Hernán Severgnini

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



Traducción radical e interpretación de textos científicos

*Elizabeth Padilla**

I
Como es sabido, uno de los problemas de mayor interés para la filosofía de la ciencia es el de la evaluación del cambio científico. La posibilidad de comparación de teorías científicas sucesivas está estrechamente vinculada con una de las consideraciones más relevantes que hacemos de la ciencia: su atribución de racionalidad y, por ende, de las relaciones que podemos establecer entre conocimiento, realidad y verdad. Ahora bien, ¿de qué depende la posibilidad de evaluación o comparación de teorías? En principio, diríamos que de la existencia de algún parámetro común, por ejemplo, la postulación de un lenguaje neutral al que las teorías, concebidas como conjuntos de enunciados, puedan verter su contenido sin resto o pérdida de significado; es decir, la comparación pareciera estar sujeta a algún tipo de traducción interteórica. Al respecto, la tesis de la incommensurabilidad de Kuhn (aún en su versión local) plantea un serio reto a la filosofía de la ciencia, pues al sostener que el cambio de paradigmas viene acompañado por un cambio de significado obliga a repensar el problema metodológico de la comparación y elección de teorías.

En este sentido, podemos interrogarnos si es posible plantear la comunicación y la comparación entre teorías incommensurables sin recurrir a algún tipo de proceso traductivo. Kuhn, como historiador de la ciencia, ha mostrado que podemos volcar teorías antiguas –teorías a todas luces incommensurables entre sí– a un lenguaje contemporáneo, como lo ha hecho con las teorías de Aristóteles, Newton, Lavoisier o Maxwell, a través de la introducción de un expediente interpretativo.¹

Para arribar a dicho resultado, Kuhn inicia su propuesta partiendo de un modelo de traducción afin al de la tradición analítica, el modelo quineano, para luego mostrar sus limitaciones. En efecto, en su artículo “Commensurabilidad, comparabilidad y comunicabilidad”² muestra las insuficiencias de la teoría de la traducción quineana con el objetivo de resolver, mediante el agregado de un expediente interpretativo, el par incommensurabilidad / comparabilidad.

Sabemos que uno de los modos habituales adoptados por la concepción neopositivista para reconstruir la inteligibilidad de los textos científicos del pasado consiste en aplicarles una lectura de tipo “tradicional”, también conocida como “whig”. La misma se caracteriza por evaluar todo malentendido como error o superstición a la luz del parámetro de corrección que nos ofrece la ciencia actual. La lectura revisionista que nos propone Kuhn concibe, en cambio, el malentendido como producto de la distancia temporal entre el auditorio original para el cual el texto fue escrito y nosotros. Por ello es que nos insta a comenzar el trabajo a partir del malentendido y desde allí intentar restituir su sentido originario. De esta manera, sólo a través de la problematización del desacuerdo que dificulta saber de qué hablaban los científicos del pasado y no de su eliminación, estaríamos en mejores condiciones para entender las explicaciones que proponían acerca del mundo físico e intentar una teoría de la ciencia que incorpore, además de

* Universidad Nacional del Comahue.

los elementos lógicos conocidos, la cuestión de la contingencia histórica. Y en ello, podemos afirmar, reside hasta el día de hoy parte de la vigencia y la originalidad de la tesis de la incommensurabilidad, pues nos muestra cómo el tratamiento de los problemas acerca de los procesos de desarrollo y cambio de la empresa científica resulta beneficiado si modificamos la lectura tradicional que hacemos de los textos escritos de la ciencia.

Ahora bien, una de las primeras consecuencias de la incommensurabilidad entre teorías –que despertó airadas polémicas por parte de la concepción neopositivista– es la falta de una intertraducibilidad completa entre ambas. Una crítica derivada de esta consecuencia es “si no hay ningún modo en que las dos [teorías] puedan formularse en un único lenguaje, entonces no pueden compararse, y ningún argumento basado en la evidencia puede ser relevante para la elección entre ellas.”³ Como vemos, de ser correcta esta crítica la preferencia por una de estas teorías resultaría arbitraria y, por tanto, no racional. De ahí que en el artículo mencionado Kuhn se ocupe de mostrar que la traducción radical no es el único recurso que garantizaría la comparación entre teorías. Por otra parte, observamos que existen notorias diferencias entre la situación de *traducción radical* descrita por Quine y el tratamiento al que debemos someter a los textos científicos del pasado, ya que esta última situación supone un tipo de cuestión que no fue problematizada por Quine. Es propósito de este trabajo centrarse en algunas diferencias entre uno y otro tipo de situación, poniendo especial énfasis en el medio empleado para transmitir el mensaje.

II

Al respecto, una de las principales diferencias de la que nos ocuparemos surge a partir de la consideración del medio utilizado a través del cual se transmite la información, esto es, el lenguaje oral en el caso de la *traducción radical* y el escrito, en el de los textos científicos.

Para dar cuenta de tales distinciones me remitiré brevemente a las señaladas por Paul Ricoeur cuando describe las características distintivas entre habla y escritura.⁴ A partir de estas diferencias advertiremos que el tratamiento de los textos exige para su inteligibilidad de ciertos procesos interpretativos⁵ como a los que alude Kuhn. En principio, el cambio más obvio que ocurre al pasar del habla a la escritura tiene que ver con la relación entre el mensaje y su medio, pues el factor humano desaparece y ahora las “señales” materiales transmiten el mensaje. En el discurso hablado, en cambio, el criterio último para la gama referencial de lo que decimos es la posibilidad de mostrar la cosa referida como un miembro de una situación común, tanto al hablante como al oyente. Esta sería la situación, en principio –aunque con rasgos de mayor restricción en cuanto a las consecuencias que se pueda extraer de ello–, que describe Quine en la *traducción radical*, puesto que las disposiciones verbales de las que habla deben ser disposiciones verbales observables. Al respecto, afirma: “Los usos primera y más seguramente traducidos en una situación que se pueda extraer de ello, que describe Quine en la *traducción radical*, puesto que las disposiciones verbales de las que habla deben ser disposiciones verbales observables. Al respecto, afirma: “Los usos primera y más seguramente traducidos en una situación son los referentes a acontecimientos actuales, visibles para el lingüista y su informador”⁶. En otras palabras, remite a los comportamientos lingüísticos actuales de los hablantes. Esta situación, precisamente, rodea al diálogo ya que todas sus señales pueden mostrarse por medio de un gesto o simplemente señalando con el dedo. Otro modo de obtener la referencia consiste en la designación de forma ostensible por el mismo discurso mediante la referencia oblicua que indican los demostrativos; éstos pueden describirse de una forma tan definida que se logra con ellos identificar una cosa de modo autónomo dentro del marco común

de referencia; claro está, siempre y cuando estemos en una situación de diálogo que comparte una misma lengua⁷. Ahora bien, en principio pareciera que los indicadores ostensibles y, más aún, las descripciones definidas funcionan del mismo modo en el discurso oral y en el escrito; pues proporcionan identificaciones singulares y éstas no necesitan apoyarse en la acción de mostrar, en el sentido de hacer una indicación gestual hacia la cosa referida. Sin embargo, las identificaciones singulares se refieren en último caso al aquí y al ahora determinado por la situación interlocutiva. No hay, pues, identificación que no relacione aquello de lo que hablamos con una posición singular en la red espacio-temporal, y no hay una red de lugares en el tiempo y el espacio sin una referencia final al aquí y el ahora situacionales. En este sentido último, todas las referencias del lenguaje oral se apoyan en lo mostrado, que depende de la situación percibida como común por los miembros del diálogo. En consecuencia, todas las referencias en la situación dialogal son situacionales. Y es de ellas que se vale Quine –implícitamente– para definir el significado estimulativo que es recogido en los enunciados observacionales mediante conductas lingüísticas de asentimiento o disentimiento. Así, para este autor el lenguaje es el complejo de las disposiciones presentes respecto del comportamiento verbal, complejo en el cual los que hablan un mismo lenguaje llegan inevitablemente a parecerse. Por lo tanto, afirma:

... la recomposición del lenguaje corriente de un hombre en base de las respuestas que actualmente se le observan es una tarea del lingüista puesto a penetrar y traducir un lenguaje desconocido. Los datos objetivos con que cuenta ese lingüista son: las fuerzas que ve actuar sobre la superficie sensible del hombre cuyo lenguaje estudia y el comportamiento observable de éste, oral o de otra naturaleza. Unos datos así no permiten captar más “significaciones” que las de máxima vinculación empírica, o a estímulo. [Quine, 1968, p.41]

De allí que para Quine el traductor está condenado al conductismo, pues sus únicos indicios serán los que le proporcione la conducta lingüística de los hablantes nativos. Un aspecto a destacar es que entre los estímulos y la respuesta verbal no se postula ningún tipo de entidad mental, por lo cual no hay un proceso intermedio para cuya descripción tengamos que introducir entidades que este autor estima como sospechosas, tales como la conciencia, la intencionalidad, las creencias o los “significados” internos.

Por otra parte, advertimos que la situación de habla quineana no nos provee por sí sola del aparato referencial, es decir, de individuación, de identidad y de cuantificación de la lengua, el cual debe ser construido a partir de la postulación de hipótesis analíticas (por ejemplo, manuales de traducción), siendo la traducción de los enunciados observacionales el único modo de testear la adecuación de las mismas. Por lo tanto, la puesta a prueba de los enunciados observacionales nos permite evaluar la eficacia de nuestras traducciones, no así la existencia de algún tipo de semejanza, “por más laxa que fuera” –usando las palabras de Quine–, entre nuestros aparatos referenciales. Según la tesis de la indeterminación de la traducción, los manuales nos proveen de más de una traducción correcta, los cuales pueden resultar incompatibles entre sí a pesar de adecuarse eficazmente a todas las disposiciones verbales de los hablantes de la lengua⁸.

Para el caso de la escritura, en cambio –según Ricoeur–, es esta fundamentación de la referencia en la situación dialogal la que desaparece. Los indicadores ostensibles y las descripciones definidas continúan identificando las entidades singulares, sin embargo se da una brecha entre la identificación y lo mostrado. La ausencia de una situación común, generada por la

distancia espacial y temporal entre el escritor y el lector, que resulta en la supresión del aquí y el ahora dada la sustitución de la voz, rostro y cuerpo del hablante como origen absoluto por señales materiales externas, y la autonomía semántica del texto, que separa éste del presente del escritor y lo abre a una gama indefinida de lectores potenciales en un tiempo indeterminado, constituyen alteraciones de la situación temporal del discurso que se reflejan en alteraciones del carácter ostensible de la referencia.

Ahora bien, esta ampliación del alcance de la referencia más allá de los reducidos límites de la situación dialogal tiene enormes consecuencias. Gracias a la escritura el hombre, y solamente el hombre, afirma Ricoeur, cuenta con un mundo y no sólo con una situación. De la misma manera que el texto libera su sentido de la orientación ejercida por la intención mental del autor, libera su referencia de los límites de la referencia situacional. Para este autor, el mundo es el conjunto de referencias abiertas por los textos. Sólo la escritura, al liberarse no sólo de su autor y su auditorio originario, sino también de los límites de la situación dialogal, revela este destino del discurso como proyección de un mundo.

De esta manera, el problema de la escritura se vuelve fundamental para la interpretación cuando se lo relaciona con su polo complementario, la lectura. Emerge entonces una nueva relación, la del distanciamiento y la apropiación. Por apropiación Ricoeur alude a la contraparte de la autonomía semántica, la cual desprendió al texto de su escritor. Apropiar es hacer "propio" lo que era "extraño". Esto estaría en consonancia con la búsqueda de lecturas alternativas, por parte de Kuhn, ante la falta de sentido de algunos fragmentos que aparecen en los textos antiguos. Por lo tanto, debido a que existe la necesidad general de hacer nuestro lo que nos es extraño, hay un problema general de distanciamiento en todo texto escrito. La lectura es algo así como el "remedio" por el cual el sentido del texto es "rescatado" (¿recuperado?) de la separación del distanciamiento y colocado en una nueva proximidad, proximidad que suprime y preserva la distancia cultural e incluye lo extraño (el malentendido) dentro de lo propio.⁹

III

En relación con lo mencionado, cabe suponer que Kuhn, como historiador de la ciencia, ha debido tener en cuenta problemas de este tipo a la hora de asumir el reto de la separación que impone el texto escrito con el auditorio original, y es por ello que se habría visto en la necesidad de hacer lugar a los procesos interpretativos¹⁰. Sin embargo, llama nuestra atención advertir que al intentar elucidar el sentido de los textos científicos del pasado recurrió, en principio, a la situación de *traducción radical* (aún cuando luego la desestime en virtud de sus insuficiencias), habida cuenta de que supone situaciones de compromiso teórico distintas. Tal vez una de las razones por las cuales apeló a ella se deba a que tanto la traducción radical como la incommensurabilidad nos remiten a fenómenos sincrónicos que provocan un profundo desconcierto. La primera describe la situación de un lingüista intentando traducir las preferencias de una persona cuya lengua es totalmente extraña a la suya propia, contando sólo de un contexto observacional compartido, además del supuesto de que existe una relación entre comportamiento lingüístico y estimulación de superficies sensorias. En relación con este problema, una estrategia válida propuesta por Quine a la que podría apelar el lingüista sería desistir de la empresa traductiva y acogerse al bilingüismo, es decir, al aprendizaje del lenguaje desconocido. En el segundo caso, la situación de incommensurabilidad afectaría a la comunicación entre

comunidades científicas, la cual se ve abruptamente interrumpida al aparecer un nuevo paradigma. En principio, podría llegar a pensarse que la comunicación se reestablecería en la medida en que podamos traducir los viejos términos, o las relaciones entre estos, a los del nuevo paradigma. Sin embargo, nada más alejado de esto, pues las comunidades pertenecientes a paradigmas inconmensurables se ven puestas en la decisión de, o bien convertirse al nuevo paradigma mediante el aprendizaje –en cuyo caso la comunicación se reestablecería-, o bien permanecer abroqueladas en el propio. La concepción holista del lenguaje de Kuhn y su hincapié en la estructura taxonómica de las teorías científicas habilita sobre todo a la adquisición de teorías del pasado a través del aprendizaje, es decir, mediante la “apropiación” de sus taxonomías y no de los procesos traductivos. Es a través de este aprendizaje como el historiador de la ciencia accede a la comprensión de dichas teorías. Esto muestra que tal vez la dificultad para evaluar la tesis de la inconmensurabilidad radica en que no se destaca de modo suficiente su carácter metahistórico, a partir del cual Kuhn procura describir la situación de vida de las comunidades en sus procesos de evolución y cambio y de cuyos avatares no se percatan los propios miembros de las comunidades en cuestión, salvo bajo la forma de la incomunicación. Así, el reconocimiento del carácter metahistórico de la inconmensurabilidad pareciera entonces obligarnos a trazar una distinción entre el caso de la interpretación histórica de textos de aquel otro donde la comunicación y comparación ocurre entre los protagonistas vivos de paradigmas inconmensurables. En este último caso, la concepción de Kuhn propone un tratamiento en términos de procesos de adhesión por parte de una comunidad científica, gracias a los cuales se adoptan los parámetros de la otra (aquí cobran especial importancia los procesos de adquisición del conocimiento o de aprendizaje, como ya señalamos); y este proceso de ningún modo puede confundirse con los problemas de interpretación propios del historiador de la ciencia¹¹. Durante las revoluciones el fenómeno es esencialmente sincrónico, puesto que los científicos en actividad son los que, en un presente que los define como contemporáneos, se enfrentan y dirimen sus diferencias, las que por otra parte –y siguiendo a Kuhn– no pueden ser reducidas a criterios de decisión algorítmica. Y el hecho de que muchas de estas decisiones puedan ser calificadas como pragmáticas, en tanto tienden a la elección del paradigma como aquel que resuelve mayor cantidad de problemas en tiempo presente, nos mostraría precisamente que no está en las preocupaciones de los miembros de las comunidades científicas verse a sí mismos como intérpretes de su propia tradición y, menos aún –dado el carácter de emergencia de los procesos decisivos– como intérpretes del paradigma rival, sino más bien como protagonistas en la empresa científica. Es decir, en la discusión de un aristotélico con Galileo, por ejemplo, el primero no se reconoce como un intérprete de Aristóteles sino más bien como un buen científico fiel a su época, aunque, claro está, para ello se valga de argumentos de cuño aristotélico. En efecto, es esta misma posición ante su ciencia la que lo inhabilita en primera instancia para dar cuenta de la descripción que realiza el científico perteneciente al paradigma rival en otros términos que no sean los de atribuirle error (evaluación en términos de verdad o falsedad), en el caso en que los dos crean estar hablando de lo mismo, o de atribuirle sinsentido ante las preferencias del otro por las diferencias manifiestas en los lenguajes. Ahora bien, la tarea del historiador –de la que cabe esperar incluso una evaluación de las atribuciones de aristotelismo a un grupo y enseñarnos de ese modo que la misma surge de una interpretación mala o deficiente

de la teoría aristotélica— requiere inevitablemente de un tratamiento interpretativo en los términos en que hemos realizado nuestra descripción más arriba: interpretación de textos escritos para cuyo tratamiento ya no contamos con los autores, ni con las comunidades que constituyeron su auditorio originario.

IV

En resumen, la actitud del científico kuhniano frente a un paradigma rival —que consiste en descalificarlo manteniéndose en el propio, o aceptarlo, en cuyo caso se incorpora a los nuevos logros—, revela una actitud eminentemente realizativa. Por otra parte, la actitud del historiador de la ciencia kuhniano no supone tomar una decisión sobre adherir o no a un paradigma, sino más bien la de interpretar el texto como un relato verosímil y para cuyo trabajo debe dar cuenta de problemas tales como el de la inconmensurabilidad, que es el tipo de situaciones al que puede verse enfrentado cuando investiga su tema de estudio.

Por lo tanto, la apreciación de la inconmensurabilidad se asocia a la necesidad de comprender textos producidos por comunidades, en este caso científicas, cuyos patrones de pensamiento se muestran, en muchos de los casos, radicalmente distintos a los de las nuestras. En el caso de los estudios culturales, los antropólogos, etnólogos, y sociólogos ya nos venían mostrando que es posible elaborar recursos metodológicos para no reducir las categorías de pensamiento del otro a las propias. En el plano del desarrollo histórico de la ciencia, por su parte, la inconmensurabilidad —como ya señalamos— sigue revelándonos la dificultad en la comprensión, dada la distancia temporal entre los textos pertenecientes a comunidades científicas distintas, distancia que se evidencia en la experiencia del desconcierto y la incompreensión (falta de acuerdo) con el lenguaje de nuestra ciencia actual. No obstante, como hemos sugerido, la incompreensión siempre podría ser salvada; aunque para ello, claro está, debemos superar la ingenuidad de pretender eliminarla mediante expedientes traductivos y recurrir en su reemplazo a las complejidades de las estrategias interpretativas.

Notas

¹ No obstante, para este punto debemos reparar en que dicho expediente constituye un elemento ineludible no sólo para el historiador, sino también para todo aquel que emprenda tanto el aprendizaje de una nueva lengua como la traducción entre lenguas conocidas.

² Kuhn, T. *¿Qué son las revoluciones científicas? y otros ensayos*, Paidós, Barcelona, 1998, págs.95 a 133

³ Op. cit., pág. 97

⁴ Cfr Ricoeur, P., *Teoría de la interpretación*, Siglo XXI, México, 1995.

⁵ Procesos que Ricoeur denomina hermenéuticos y para cuyo tratamiento propone destacar el momento explicativo, para de ese modo compensar el tal vez excesivo rol otorgado a la comprensión en esa tradición.

⁶ Quine, W., *Palabra y Objeto*, Labor, Barcelona, 1968, pág. 42.

⁷ Este no es el caso de la *traducción radical*.

⁸ Según Quine, en los textos contamos con el aparato referencial (un modo de segmentar los fenómenos naturales) suministrado por una teoría que a su vez está subdeterminada por la evidencia (tesis epistemológica).

⁹ Cabe mencionar que el dilema acerca de cómo hacer presente una vez más a la cultura de la antigüedad, a pesar de la distancia cultural interpuesta, constituye una reformulación de un problema que ya ha sido debatido en el período de la Ilustración, en Siglo XVIII, donde se le dió su primera formulación moderna. Para Ricoeur, la interpretación, entendida filosóficamente, no es otra cosa que un intento de hacer productivos la separación y el distanciamiento.

¹⁰ Al respecto menciona el papel de la hermenéutica para la elucidación de estos procesos (cfr. Kuhn, T., "Comensurabilidad, comparabilidad y comunicabilidad", en *¿Qué son las revoluciones científicas? y otros ensayos*, op. cit. pág. 117; especialmente ver cita 11

¹¹ Precisamente uno de los problemas más relevantes de la historiografía contemporánea consiste en cómo dar cuenta de los testimonios del presente, es decir, de la memoria viviente relatada por los contemporáneos, para lo cual sin embargo aparece la necesidad de tratar con relatos, es decir, con producciones mediadas lingüísticamente; lo cual supone una distancia con el hecho relatado.